

Los hilos

de la

memoria

LOS HILOS DE SU MEMORIA

El abuelo de Paula y Álvaro, Guillermo, siempre había sido muy activo, siempre estaba haciendo cosas, no podía parar quieto, hasta que le llegó el momento de jubilarse. Había dedicado toda su vida a trabajar para sacar a su numerosa familia adelante y que no les faltase nunca de nada. Tuvo que emigrar, como muchos otros de su generación pero con el tiempo pudo volver a su tierra y aquí está ahora, jubilado y preocupándose de lo que de verdad le importaba, su familia, su mujer, sus hijos y sobre todo sus nietos, con los que tanto disfrutaba. Ellos le rejuvenecían y le hacían pasar ratos muy divertidos.

A nosotros nos encantaba estar con él y sobre todo que nos fuese a recoger a la salida del colegio. Mamá no podía porque tenía que trabajar y papá tenía unos horarios muy raros. Nos gustaba porque después del cole y de vuelta a casa, nos dejaba jugar en el parque un rato siempre que no lloviese, claro. Y nosotros tan contentos. No había día que no nos contase una historia diferente y por eso nos encantaba estar con él y estábamos orgullosos de nuestro abuelo.

Un día algo pasó. No nos vino a recoger el colegio como siempre hacía y allí nos quedamos hasta que, pasado un tiempo vino mamá a buscarnos, ya era tarde. El abuelo había salido de casa pero no había llegado al cole, como siempre. Se había desorientado y no sabía dónde estaba, hasta que, gracias a que mamá y papá avisaron a la policía, le encontraron a no sé cuántos kilómetros de distancia, sin saber hacia dónde se dirigía ni nada. ¡¡ Menudo susto nos dio !!

Desde ese día, nada volvió a ser lo mismo. La memoria empezó a fallarle, a veces se acordaba de quiénes éramos, a veces no ... Todo era muy triste. Hasta que ya le llevaron al médico y le dijeron qué era lo que le pasaba. Tenía Alzheimer, ¿y qué enfermedad era esa? nos preguntamos Álvaro y yo. Pues algo tan sencillo de explicar y a la vez tan complicado como que a veces la memoria puede ser tan frágil como los hilos que se lleva el viento cuando sopla. ¿Y qué podíamos hacer nosotros por él, mamá ? Pues es muy sencillo, cuando casi todo se olvida, la mejor medicina son los besos.

